

Japón, última Embajada. La OIMT. Sayonara

En el año 2006, visitando hijos y nietos en Estados Unidos recibí una llamada del Viceministro Gonzalo Gutiérrez, informándome que el Presidente había dispuesto mi nombramiento como Embajador en Japón. Quedé algo perplejo pues había pensado que, ya cercano a la edad del retiro y como había ocurrido en otras oportunidades, un Embajador en mis circunstancias era designado a un cargo considerado tranquilo. Japón quedaba lejos, no hablaba una palabra y era ciertamente un puesto exigente.

Instantes después Kille me preguntó por qué estaba pálido y le comenté la conversación. En fin, tras la necesaria reflexión, le hice ver que ella nunca había puesto los pies en Asia, adonde yo había viajado en varias oportunidades por trabajo o invitado a conferencias, que ya habíamos servido años en América Latina, Estados Unidos y Europa y que podía ser una buena experiencia. No imaginamos en ese momento cuan valiosa habría de ser. Estuvimos exactamente dos años que fueron magníficos en todo sentido.

En el proceso de preparativos, verifiqué que tanto la dotación de personal diplomático como de gastos de funcionamiento habían sido recientemente disminuidos. Se me explicó que era producto de las recomendaciones de una “Comisión” evaluadora de las necesidades de las agencias en el extranjero, argumento de difícil refutación pues a tales “comisiones” se les considera titulares de la sabiduría colectiva. Inútil y retóricamente, pregunté si habían escuchado al Jefe del Estado interesarse por las relaciones con Tegucigalpa o Atenas a lo que se me respondió que no. Insistí entonces sobre el caso del Japón, escuchando que lo hacía con frecuencia. Se confirmó mi preocupación; el interés político del más alto nivel no impactaba en el plano administrativo, porque no se le había indicado específicamente lo que debía hacerse. No esperaba, obviamente, que la lógica venciera la inercia burocrática.

En el lado positivo, Kille consideró que sería conveniente tener en la Embajada una muestra de artistas Nikkei. Explicando el propósito, consiguió un número de pinturas y grabados de nuestros artistas de origen japonés, que fueron adecuadamente presentados en el salón de recibo y que, en su momento, retornamos, felizmente intactos, a nuestros artistas a quienes agradecemos sinceramente su generoso préstamo.

Visitas del Canciller, Vice-Canciller y del Presidente de la República.

A los pocos días de nuestra llegada realizó una visita oficial el Canciller José Antonio García Belaúnde, amigo de muchos años y que en su breve estado sostuvo un amplio programa de actividades. Planteó oficialmente nuestro deseo de concertar con Japón un acuerdo comercial y económico que encontró la reticencia en las autoridades japonesas, por considerar que la dimensión de nuestras vinculaciones comerciales no justificaba tal acuerdo. El pedido fue reiterado al año siguiente por el propio Jefe del Estado, quien fue recibido por las más altas autoridades, y Su Majestad el Emperador Akihito. El Presidente llegó acompañado de una importante delegación empresarial, haciendo posible el examen conjunto de una serie de posibilidades comerciales y de inversión. También el Viceministro Embajador Gonzalo Gutiérrez llegó a Japón invitado por las autoridades para pasar revista a los distintos aspectos de la relación bilateral.

Estas actividades oficiales de alto nivel, eran muy importantes para demostrar al gobierno japonés el propósito peruano de ahondar las relaciones en los más diversos campos y, en

su momento, fueron mostrando significativos resultados. El acuerdo comercial y de inversión que parecía imposible el 2008, terminó siendo negociado y suscrito apenas pocos años después. La cooperación para el desarrollo continuó siendo elevada. El complejo tema de una deuda de décadas relativa a un préstamo otorgado para la adquisición de arroz, fue retomado con la visita a Tokio y muy competente actuación de la Dra. Betty Sotelo Bazán, alta funcionaria del Ministerio de Economía y Finanzas. También otros como la utilización de tecnologías japonesas de comunicación se fueron encaminando hasta alcanzar resultados concretos.

La comunidad peruana.

Se calculaba en aproximadamente sesenta mil el número de compatriotas que habitaba en Japón; comunidad en general sumamente trabajadora y responsable, que se ganaba la vida con esfuerzo y dignidad. Como en muchos otros lugares, se organizaban en asociaciones y a veces discutían entre sus miembros, creándose nuevas o buscando otras posibilidades de compartir sus vivencias. Desde luego, tratamos de mantener con ella el mejor relacionamiento y no pocas veces presentamos en la embajada sus conjuntos musicales y artísticos. También presentamos a un conjunto de solo japoneses que se dedicaba con esmero a nuestra música criolla, sin conocer otra cosa de español que las piezas que cantaban.

Lo que más me impresionó, fue cuando un sacerdote argentino me visitó para solicitarme que concurreniera un domingo a una pequeña localidad a cierta distancia de Tokio, porque se realizaría una procesión del Señor de los Milagros. Desde luego, le aseguré mi asistencia y fue muy grato encontrar un buen grupo de compatriotas, pero también muchos latinoamericanos que participaban de esa devoción tan especial para todo peruano. Desde luego, tuve que participar en la carga del anda durante un tramo. Yo había supuesto que sería ligera por los materiales modernos de uso común en Japón; pero era muy pesada, exigiéndome un esfuerzo poco compatible con mi edad. En fin, fue una experiencia no solamente grata sino impactante en lo personal. Pensé que un país que puede motivar una devoción tradicional a tan enorme distancia, al igual que lo hace ya en tantos lugares del mundo donde igualmente se abre paso nuestra gastronomía, no es un país latinoamericano más. Decirlo no es arrogancia y es necesario que tengamos conciencia de ello y actuemos en consecuencia.

La actividad cultural

El interés del pueblo del Japón en las cuestiones culturales es auténtico y profundo. En los numerosos museos y galerías de arte que visitamos en Japón nunca dejamos de admirar el interés con que las personas observaban las piezas, leían las leyendas y explicaciones y mostraban absoluta concentración tratando de absorber el máximo de información.

Con la iniciativa y apoyo de los funcionarios se realizaron en la Embajada no pocas actividades culturales: presentaciones de música y danzas peruanas, del Pisco o de alpacas y sus productos. En el Instituto Cervantes se realizó una actuación celebratoria del centenario del nacimiento de Cesar Vallejo. Distinguidos peruanistas japoneses hicieron magníficas presentaciones sobre la obra de nuestro poeta, intercaladas con la lectura de poemas por los jóvenes diplomáticos y por mí. Todas estas actividades eran seguidas de

Pisco Sour y bocaditos peruanos, siempre apreciados por nuestros invitados japoneses y de muchos países.

Lo relativo a las exposiciones más importantes, incluyendo una extraordinaria de la Cultura Nazca que recibió cerca de un millón de visitantes, se encuentra en el tema La Cultura no es un Adorno, en la Sección Actividades y Reflexiones, infra.

La Organización Internacional de Maderas Tropicales - OIMT

Conjuntamente con el cargo de Embajador en Japón me desempeñé como representante ante la OIMT. Obviamente, se trata de una organización internacional de particular interés para el Perú. El tema de la existencia y utilización sostenible de las maderas de bosques tropicales se ha complicado enormemente por la demanda mundial de maderas finas, pero también de otras especies. En tal complejidad participan el descuido y a veces hasta la aceptación, cuando no la promoción por los gobiernos de la devastación que se viene produciendo.

Distintos problemas conspiran contra la sostenibilidad de estos recursos indispensables para la vida en el planeta. Entre ellos, la desertificación, la deforestación masiva para la transformación del bosque en zonas de monocultivo de productos como la palma aceitera, la soya y otros, incendios provocados por obsoletas prácticas agrícolas. Pero también y crecientemente, cultivos ilegales como coca, amapola y más, destinados a la fabricación de drogas, y último pero no menos, la minería ilegal que ya está convirtiendo vastas zonas de nuestra Amazonia en desiertos tóxicos y posiblemente irrecuperables. Por último, en nuestro ámbito regional y más allá de los elevados propósitos de la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica, es un hecho que ninguno de sus gobiernos está logrando ni mostrando autentico empeño en contener la creciente destrucción de los bosques tropicales.

La OIMT procura el seguimiento del comercio internacional y lícito de determinadas especies y requiere el mayor apoyo de gobiernos y sociedades. De continuarse la destrucción de las florestas tropicales que es uno de los factores contribuyentes al cambio climático que ya se está sufriendo y será peor, el proceso podría acelerar aún más este peligro real e inminente para el género humano y, obviamente para el Perú, uno de los países más expuestos.

La gestión para un nuevo local.

La embajada ocupaba un pequeño edificio que contenía las oficinas de la Cancillería, un departamento que servía de residencia al Embajador, un área de recepción y comedor separado por un biombo y cuatro pequeños departamentos que ocupaban los funcionarios diplomáticos. Además, un jardín no muy extenso pero grato, que se utilizaba en las recepciones. El edificio era ya antiguo, padecía de una muy mala distribución del espacio y nunca se había adaptado a las regulaciones gubernamentales sobre seguridad de estructuras para casos de terremoto.

A cambio de ello, estaba situado en un magnífico barrio de Tokio, en la misma manzana que la residencia del Príncipe Imperial Hitachi y colindante con uno de los locales de la agrupación religiosa Soka Gakkai sumamente influyente en Japón. Contaba ésta con un partido político, que asociado al clásico Liberal Democrático, aseguraba la mayoría parlamentaria que gobernaba el país. La agrupación tenía enorme interés en expandir ese

local con el terreno que ocupaba la embajada la cual, del otro lado, era vecina de uno de los edificios de la prestigiosa Universidad Koko Gaquin. La posibilidad de llegar a algún arreglo se había considerado por años, pero las crecientes dificultades para la renovación del seguro del edificio hacían urgente encontrar una solución.

Con el permanente apoyo del personal diplomático e información a la Cancillería, tuve buen número de reuniones con las autoridades de Soka Gakkai. Insistí enfáticamente en que la Embajada en Tokio era única en el mundo y que cualquier arreglo que se hiciera tenía que satisfacer las necesidades que, de alguna manera, se atendían en nuestro local. En otras palabras, hicimos cuestión de que se ubicara en una zona de prestigio, que la edificación no contuviera si no las oficinas de la Cancillería y la residencia del Embajador; y la dotación adicional de cuatro departamentos cercanos, para alojamiento de los funcionarios diplomáticos que serían también propiedad del gobierno peruano. Las autoridades de Sokka Gakkai concluyeron entendiendo nuestro planteamiento y aceptando que el nuevo local debía contemplar esas peculiares características, en adición a las viviendas para diplomáticos.

Con autorización de la Cancillería, contratamos a un precio simbólico a una prestigiosa corredora internacional de bienes raíces, que identificó varias propiedades del estado, ya que del sector privado hubiera sido imposible cualquier adquisición. Con las comprensibles dificultades, la negociación fue avanzando y de ello se informaba permanentemente a nuestras autoridades. Subrayaba que estábamos en una gestión política más que comercial, pues en cierta manera negociábamos con un sector del gobierno. En un momento determinado, los agentes inmobiliarios nos mostraron un local en magnífica ubicación, que hubiera servido para una Embajada del más alto nivel. En los numerosos informes, enfatizaba también que el principal problema del Japón era el espacio y que, consecuentemente, la futura edificación tenía que ser pensada y diseñada para que sirviera múltiples propósitos.

Logrado ese entendimiento, sugerí a los interesados que enviaran una delegación a Lima para informar directamente al Ministerio lo que ya se había acordado. Lamentablemente, por razones que nunca entendí ni me fueron explicadas, me fue denegada la autorización que solicité para participar en esa reunión. Por ello, remití un detallado informe de lo que se había alcanzado en las negociaciones con las altas autoridades de Sokka Gakkai; e insistí en que no debíamos aceptar nada menos si se quería que el cambio del local fuera para mejor. Tampoco fui informado de lo que se trató en Lima ni del resultado de tal reunión.

Muy poco tiempo después, llegó el momento de mi jubilación y mi retorno a Lima y también cambió temporalmente el gobierno japonés. El proceso continuó sin que fuera considerado necesaria mi opinión, contrariamente a lo solicitado a otros diplomáticos reunidos en un comité. No digo que una opinión fuera indispensable, pero excluir a quien había negociado el acuerdo, es algo para lo que no encuentro ninguna explicación porque es prerrogativa de la Cancillería consultar con quien crea conveniente.

Años después tuve oportunidad de visitar el local que finalmente se construyó. Se ubica en un vecindario lejano y feo donde no existe ninguna otra Embajada. Del exterior da la impresión de tratarse de un bunker y el interior repite todas las carencias del viejo local, aumentadas por la absoluta falta de jardín y luz natural. Sus complicadas instalaciones tienen como centro un "auditorio" que obviamente no se presta sino para esa función; pero puede acoger bastante menos gente de la que reuníamos en el salón de la antigua con el

simple expediente de retirar los muebles e instalar sillas plegables. Los espacios de residencia del Embajador comunican con las áreas de recepción por una escalera de hierro en caracol, que parece salida de emergencia.

En fin, entiendo que se trata solamente de mi opinión y que otras podrían considerarlo magnífico. Personalmente, me complace que pude completar el proyecto de nuevo local para Cancillería de la Embajada en Ecuador, posiblemente la mejor en el mundo; y que puedo dormir con la tranquilidad de que mis opiniones y gestiones no tuvieran nada que hacer con el local construido en Tokio. Por mi parte, declino cualquier responsabilidad por ese local que deberá servir indefinidamente como nuestra sede en Tokio; por su pésima calidad y no tener nada en común con lo que logré acordar con los interesados dispuestos a ofrecer lo mejor

El arreglo de archivos

En cierto momento, se recibió una instrucción “circular” de la Cancillería, relativa a la clasificación y mantenimiento de los archivos. Las instrucciones circulares son muy usadas, diría excesivamente, pues la entidad central que las dirige a sus agencias supone que tendrán inmediato y cabal cumplimiento. Son fáciles de emitir y cabe preguntar si los funcionarios que las preparan, no siempre aprobadas por las más altas autoridades, tienen suficientemente en cuenta que las circunstancias y características de las agencias no se prestan en todos los casos a tratamientos “únicos”.

En fin, la circular era un prodigio de descripción de lo que podrían ser los archivos de los países más avanzados del Planeta. Clasificación y ordenamiento por tipo de documentos, procedencia o destino, orden cronológico y numérico, etc. Además, indicaciones sobre el grado de humedad, iluminación indirecta y cuanta sofisticación pudiese imaginarse. Desde luego, con los funcionarios diplomáticos teníamos una idea de lo que eran nuestros “archivos”: un espacio grande y húmedo en el sótano al que se enviaban todas las carpetas, documentos oficiales o no y cuanto papel impreso ya no encontrara lugar en las diminutas oficinas.

Con los jóvenes diplomáticos armamos un equipo de trabajo, en ropa deportiva y con apoyo del personal de servicio, nos lanzamos a la tarea de “ordenar” los archivos. En realidad, se trataba de cuarenta años de hacinamiento de papeles, sin orden ni concierto ni nada que sugiriera la más mínima selección previa. Los clasificadores estaban humedecidos y deformados, los metales enmohecidos y herrumbrados, en fin, parecía una de las tareas de Hércules. Fue necesario tirar a la basura muchísimos clasificadores, fólderes, cajas y más, que contenían millares de documentos que podrían haberse descartado casi de inmediato: invitaciones a recepciones y otros muchos eventos, notas de Embajada informando la salida de vacaciones de Jefes de Misión, o de su retorno, folletos turísticos de lugares a los que por ignotas razones habría viajado algún funcionario y así por delante.

Una vez descartados centenares de kilos de materiales impresos, etc. absolutamente irrelevantes, obsoletos o malogrados, empezó la indispensable tarea de ordenar los documentos oficiales. Fueron necesarias no pocas sesiones sabatinas, que concluían en nuestras duchas para librarnos del moho y la suciedad. Poco a poco se fueron separando, ordenando, clasificando y registrando los documentos, manualmente y en computador, y posteriormente colocados en sobres rotulados y ubicados en estantes con indicaciones de año y tipo de documento.

Un año después respondimos a la circular de Cancillería, informando que no se habían podido cumplir sus ideales instrucciones, pero en cambio se habían ordenado de manera inteligible cuatro décadas de acumulación de papeles, absolutamente carentes de sentido y de cuasi imposible utilización si hubiere sido necesario ubicar algún documento importante. Con la satisfacción de haber hecho lo posible con esa tarea de equipo, no perdimos ni un minuto en esperar alguna reacción de Cancillería que, desde luego, nunca llegó. Similar satisfacción nos dio aligerar el peso sobre el techo de decenas de computadoras, grandes monitores, equipos de oficina inservibles y otros muchos desechos. En Japón no se “tira” cualquier cosa a la basura. No fue “rocket science” y por una muy pequeña suma, se alquiló un camión que cargamos con todo ese material para disponer de él de manera adecuada y legal. ¡Such is life in the tropics!

Una candidatura Sui Generis

En 2008, en circunstancias en que se encontraba detenido en Chile para ser extraditado al Perú el ex Presidente de la Republica Alberto Fujimori, postuló a un cargo de Senador en las elecciones. Lo hizo con un pequeño partido, considerado de extrema derecha y, posiblemente con alguna vinculación a la Yakusa. Finalmente, recibió muy pocos votos, en tanto que el partido que lo acogió consiguió apenas una curul. El asunto quedó ahí, pero mientras duró, suscitó algunas cuestiones que podrían haber tenido implicancias para las relaciones entre los tres países en términos de Derecho Internacional.

Si bien siempre se consideró en Japón que no tenía ninguna posibilidad de ser elegido, al menos hipotéticamente la cuestión hubiera sido determinar que habría sucedido de lograrlo. En breve. Una persona es elegida a un importante cargo parlamentario en un país del cual obviamente es nacional, pero no se encuentra en ese país sino detenida por las autoridades judiciales de un tercero; a la vez que el país del cual había sido nada menos que Jefe de Estado reclamaba a este último su extradición para someterlo a proceso penal. Obviamente no tengo respuesta, pero se supone que el Japón hubiera solicitado a Chile el retorno de una persona que había sido elegida para tan alto cargo en el Congreso. De ser el caso, tampoco era posible saber lo que hubiese hecho Chile. Perú, obviamente, hubiese solicitado de la manera más enfática a Chile que no atendiese tal pedido; que habría liquidado el proceso de extradición en curso.

En fin, ninguna de esas preguntas requirió respuesta porque, simplemente, no fue elegido. Demostró, por otro lado, que el ex Presidente tenía nacionalidad japonesa de pleno derecho porque no residió en Japón como refugiado político sino como ciudadano y en pleno conocimiento de que la Constitución de ese país prohíbe la extradición de sus nacionales. Como se recuerda, el asunto fue motivo de polémica todo el tiempo que estuvo en funciones oficiales. Queda pues como un tema hipotético de Derecho Internacional que, en lo que concierne al interés del Perú, felizmente no se llegó a producir.

Visita del Buque Escuela y su recalada en Tokio

Fuimos informados con poca anticipación que el Buque Escuela de nuestra Marina de Guerra debía recalcar en Tokio, como parte de su crucero de instrucción; y se nos instruyó gestionar su atraque en el embarcadero gubernamental del puerto. Desde luego, inmediatamente se procedió a pedirlo, siendo informados por el Ministerio de Defensa que, lamentablemente, no había disponibilidad en el embarcadero oficial Harumi y que nuestro

buque escuela sería bienvenido en una Base Naval situada aproximadamente a dos horas de Tokio.

Desde luego, había que agotar las posibilidades de que la visita se efectuara a Tokio, pues fuera de la capital, su repercusión sería ínfima. Pensando en el tema recordé que meses antes había asistido a la conmemoración del bombardeo nuclear de Hiroshima, experiencia sumamente emocionante. Entre los actos celebratorios, me impresionó el discurso de un joven diputado de la Dieta, que es la cámara baja, por su profundidad y sustentación. Al retornar a Tokio solicité una entrevista con el joven diputado, quien no sin sorpresa pero con gran cortesía, me recibió en su pequeñísima oficina en el Parlamento.

Le expliqué que como persona largo tiempo interesada en el tema del desarme, que no era puramente académico, sino que me había tocado participar en actividades de Naciones Unidas y publicado y expuesto sobre varios aspectos de las armas nucleares en muchas oportunidades y diferentes países, la calidad de su presentación me había impresionado sinceramente y que por ello quería no solamente felicitarlo sino conocer algo más sus opiniones sobre las posibilidades del desarme nuclear. Aclarada la razón de mi presencia, conversamos un buen rato y en los mejores términos sobre las muy serias dificultades de la problemática y la necesidad de insistir permanentemente sobre su peligro para la humanidad y no abandonar los esfuerzos; como se comprueba en la situación actual internacional. Tras ello, nos despedimos muy cordialmente.

Al presentarse la dificultad mencionada con la visita del Buque Escuela, averiguando con quien podríamos insistir, encontramos que el joven diputado había sido designado poco antes Viceministro de Defensa. Obviamente, solicité una nueva entrevista con él, esta vez en su importante despacho en el Ministerio de Defensa y le expuse el asunto y las razones por las cuales el Gobierno del Perú deseaba que la visita del Buque Escuela se realizara en Tokio. Verificó inmediatamente la situación y me confirmó que efectivamente el embarcadero Harumi no estaba disponible. Le rogué que insistiera en la búsqueda de alguna solución al problema que le planteaba y me dijo que le diera algunos días, tras lo cual agradecí debidamente y me despedí.

Tres días después me llamó para decirme que se había dispuesto la habilitación del Embarcadero Harumi para la visita de nuestro Buque Escuela. Desde luego, no pregunté lo que había hecho, ya que era evidente que se había decidido el desplazamiento de otro navío a un lugar diferente, pues no había espacio para que coincidieran. Le agradecí encarecidamente. La visita se realizó con todo éxito, completándose la totalidad de las actividades oficiales previstas, incluyendo una recepción a bordo para las autoridades navales japonesas y el cuerpo diplomático latinoamericano en Tokio.

La reflexión, al final, fue que no hay manera de saber el curso que pueden tomar las actuaciones y los acontecimientos. En este caso, una seguramente inesperada expresión de aprecio formulada con toda sinceridad por parte del Embajador del Perú, permitió que esa importante actividad para nuestra Marina de Guerra se desarrollase como la había deseado. En breve, parece que nunca está de más expresar aprecio, cuando como en el caso del discurso de Hiroshima, fue ampliamente merecido.

Las gentes

Naturalmente conocí muchas personalidades oficiales importantes, incluso porque visitamos varias Prefecturas para la inauguración de la Exposición Nazca a medida que se desplazaba en distintos lugares del Japón y otras razones. La cortesía siempre era exquisita y sinceramente apreciada. También en el cuerpo diplomático se encontraban no pocas personalidades con las que mantuvimos muy buena relación. A título de ejemplo, menciono al Embajador de México Miguel Ruiz Cabañas, porque además de su competencia profesional, tenía intereses académicos que nos convocaron en gratos diálogos. Y, último pero no menos, la relación con los peruanistas japoneses, particularmente los arqueólogos que tan notable trabajo habían realizado y realizaron en el Perú. Japón, generosamente, construyó para nuestro país tres Museos de Sitio y apoyó las exploraciones y estudios de sus arqueólogos en distintas partes del país a lo largo, en aquel momento, de más de medio siglo. Sobre ello preparamos y difundimos una tableta bilingüe con textos y fotos que figura en la Sección Publicaciones, infra. Por su "seniority" y constancia, el símbolo era el Profesor Yoshio Onuki, quien me apoyó desinteresadamente en varias oportunidades. Lo recuerdo con mucha gratitud y aprecio. Pero nuestra mayor sorpresa fue en la ya mencionada celebración Vallejana en el Instituto Cervantes. La versación sobre la obra de nuestro poeta de los profesores que expusieron, nos dejó sin palabras. También comprometieron nuestra gratitud.

Pero debe mencionarse a las gentes del Japón en general. Es conocida la cortesía japonesa, pero vivirla, es una experiencia muy grata e instructiva. La atención a los visitantes, es uno de los mejores recuerdos que se llevan del Japón, sea que pasen algunos días o, como en nuestro caso, residan un tiempo. Al parecer, no es igual con los trabajadores manuales extranjeros, pero lo que vive el visitante es único. Consultar un mapa en la calle, atrae a varias personas deseosas de informar o ayudar. Cualquiera que en un bar o restaurante desee separar una mesa mientras se acerca a la barra a hacer su pedido, deja sobre ella su teléfono o cartera con la absoluta certeza de que al retornar encontrará lo que dejó y la mesa libre. Asombroso.

Para mí, lo increíble fue cuando en una oportunidad debí asistir a algún evento en el Instituto Cervantes y, pensando que al Embajador se le lleva y se le trae casi como a un niño, decidí ir en Metro. Las secretarias y el chofer trataron de disuadirme, pero viendo mi firmeza se acordó que me acompañara nuestra empleada Delcy hasta la salida del Metro. Acepté y fui con ella hasta la estación más cercana al Instituto. Al llegar, me explicó que había varias salidas y me indicó cual debía tomar. Fin de la aventura. Obviamente, salí por donde no debía y me perdí. Entré a un pequeño restaurante donde ni el mozo ni el cocinero hablaban inglés. Se dirigieron a una mesa donde un grupo de jóvenes bastante bien vestidos cenaba tempranamente. Tras breve discusión, se me acercó uno y señaló la puerta. Pensé que me indicaría alguna ruta, pero en su inglés básico me dijo que caminaríamos diez minutos. Desde luego protesté que no debía dejar su cena y al grupo de amigos, pero no hubo manera. En el camino insistí, pero fue inútil. Finalmente, llegados a una esquina me dijo doble aquí y camine hasta el Instituto. Le agradecí como pude y le di mi tarjeta. La leyó y me miro asombrado. Le dije que quedaba a su disposición y me despedí. El resto fue pensar, aun ahora ¿en qué lugar del mundo un joven deja una cena y amigos para ayudar a un extranjero sin saber que era un Embajador? Si eso no es cortesía, no sé qué podría ser. Admirable.

Con ayuda se puede hacer mucho.

Lo que tuvimos en menos en personal y recursos, lo tuvimos en más en calidad. Como segundo de la misión fue designado el recién ascendido Consejero Paul Duclós Parodi, en tanto que por muchos años había sido un Ministro. Jacques Bartra, competente funcionario de esa categoría debía ya retornar a Lima, viajando a las pocas semanas de nuestra llegada. Ya estaba en Tokio Andrés Garrido Segundo Secretario y en poco tiempo llegó Joyssi Goya Oshiro Tercera Secretaria, para asumir su primer puesto en el extranjero, en reemplazo del competente Secretario Enrique Cárdenas. Éramos pues cuatro diplomáticos, uno muy viejo y tres muy jóvenes, pero armamos un equipo activo y eficaz.

Paul, Jefe de Cancillería, prácticamente me quitó de los hombros la agobiante tarea de presentación a Lima de los gastos de la Embajada, con el apoyo de la señora Miyauchi antigua y muy eficiente funcionaria que los administraba con la mayor escrupulosidad. Además, siendo un pequeño grupo, podíamos coordinar muy fácilmente las tareas y mis jóvenes colegas eran tan diligentes, competentes, deseosos de hacer y aprender, que trabajar con ellos era un placer. Y no era solo cuestión de que atendieran mis instrucciones, sino que nunca les faltaban iniciativas e ideas sugestivas, viables y provechosas. Como no recordar que muchas veces, ya en altas horas de la noche, crucé el pasillo que separaba nuestro departamento de las oficinas, para verificar que habían retornado a trabajar y hacer que se fueran a descansar a sus departamentos. Por impulso de ellos, realizamos muchas actividades: culturales, de contacto con sectores empresariales y presentaciones de la comunidad peruana, en fin, intentamos todo lo que se podía intentar y no había modo de aburrirse. Los recordamos con gratitud y mucho aprecio.

Además de la Sra. Miyauchi, había varias colaboradoras. A alguna prefiero olvidarla y me arrepentí de no haber prescindido de ella. En cambio, recuerdo la competencia y experiencia de la Sra. Tanaka, la disposición y lealtad de Delia Wakao y la habilidad y versatilidad de la joven Yuki Sakomoto, quien adicionalmente nos apoyó como intérprete en las tareas de las varias delegaciones oficiales que recibimos, inclusive la visita del Jefe de Estado. De Lima llevamos a Percy Bustamante, Chef y mayordomo a quien conocíamos de tiempo, Máximo Aliaga técnico competente en todo tipo de trabajos de electricidad, carpintería, gasfitería y más que permitió ahorrar mucho dinero frente a los elevadísimos costos de cualquier reparación o servicio en el Japón. Delcy Inga Paulino, joven y activa mucama, fue muy amable con nosotros. Fue un acierto completo pues en una ciudad tan complicada y costosa como Tokio, formaron un equipo que no solamente aseguraba el servicio de la residencia y la limpieza de los locales de la Cancillería; sino podían preparar y atender todas las numerosas actividades sociales que requería la labor de la embajada.

Ello permitió multiplicar las atenciones a las autoridades y empresarios japoneses, las no pocas delegaciones peruanas que se recibieron, incluyendo visitas del jefe del Estado, Canciller, Vice Canciller y otras autoridades; además de buen número de actividades culturales que fue posible organizar. No sabíamos entonces del creciente cosmopolitismo de la sociedad japonesa y nos halagó mucho que disfrutaran de la selección de platos peruanos que usualmente ofrecíamos. Todo ello se acompañaba de pisco sour, y vinos y espumantes peruanos que nos habíamos preocupado en llevar en buena cantidad.

Tras nuestro retorno definitivo a Lima luego de dos años de servicios en la que fue nuestra última embajada, permanecieron buen tiempo en Tokio. Finalmente, Domingo Cayablab chofer con buen número de años en la Embajada, era no solamente de enorme eficiencia

sino persona de gran calidad humana. A todos ellos los recordamos con gran aprecio y gratitud, pues tenemos certeza de que sin su apoyo no hubiera sido posible realizar tantas y tan productivas actividades oficiales.

Sayonara

Llegado el momento de dejar el Japón y los muchos años de servicio diplomático, debemos agradecer profundamente la experiencia vivida. Japón, sus autoridades y gentes nos trataron con la mayor gentileza, que procurábamos corresponder. Kille fue invitada a participar en Nadeshikokai, selecta asociación de damas japonesas y extranjeras dedicada a la difusión de la cultura japonesa, con la que realizó algunos viajes y actividades. Con algunas de ellas mantiene amistad.

Viajamos todo lo que pudimos y de las cuatro islas principales solamente no conseguimos llegar a Hokkaidō. Visitamos muchos templos, palacios, museos y más y nos asombramos con las maravillas que hicieron a lo largo de los siglos. También pudimos visitar algo de China, India, Singapur, Camboya e Indonesia y todas esas experiencias nos confirmaron que Asia avanza con diligencia, creatividad y empeño que al menos en algo deberíamos emular. Por ser parte esencial y prioritaria de la construcción de nuestro futuro. No entenderlo cabalmente, como parecer ser el caso de América Latina y, penosa e innecesariamente, también del Perú, nos condenará al atraso y la irrelevancia.

Se trató, pues, de un extraordinario cierre de medio siglo de servicios al Estado. La relación bilateral es cada vez más intensa y prometedora. La cooperación que presta al Perú en distintas áreas del desarrollo y la cultura sigue siendo de gran importancia. El interés en nuestro país es real y fue muy grato encontrar estudiosos “peruanistas” de la más alta calidad.

Los preparativos y despedidas fueron los usuales, pero recordamos especialmente la ofrecida por los Embajadores de América Latina. Nos habíamos llevado muy bien con todos ellos, en buena parte profesionales diplomáticos e hicimos aprecio de su amistad. Suele mencionarse en estas ocasiones la pena de dejar amigos, pero nosotros subrayamos la suerte de haberlos ganado. Nuestro agradecimiento lo concluí recitando de memoria a César Vallejo:

"De todo esto yo soy el único que parte.
De este banco me voy, de mis calzones,
de mi gran situación, de mis acciones,
de mi número hendido parte a parte,
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Elíseos al dar vuelta
la extraña callejuela de la Luna,
mi defunción se va, parte mi cuna,
y, rodeada de gente, sola, suelta,
mi semejanza humana dase vuelta
y despacha sus sombras una a una.

Y me alejo de todo, porque todo
se queda para hacer la coartada:

mi zapato, su ojal, también su lodo
y hasta el dobléz del codo
de mi propia camisa abotonada"